

LA VIRGEN DE LA CARIDAD DEL COBRE: SÍMBOLO DE CUBANÍA

Olga Portuondo Zúñiga

Santiago de Cuba. Editorial Oriente, 338 páginas. 1995.

El libro no es un trabajo etnológico, ni teológico; es histórico. Su campo no es el de la relación de una virgen con lo local, sino el de una imagen religiosa de alcance nacional, convertida en símbolo de ciudadanía —de cubanía, como ella lo llama—. Una historia que es a la vez un documento en el que tras del suntuoso manto y la morena imagen de la *Cachita* —como cariñosamente los cubanos nombran a la Virgen de la Caridad del Cobre, su virgen nacional— se esconde una búsqueda personal, intelectual, profesional y académica, tan interesante como la de dar razón del devoto y su relación con lo sobrenatural.

Su conclusión es que “al ser la religión un patriotismo cósmico, es factible que las advocaciones marianas representen el patriotismo de una localidad o país.” (279). Derivó de una búsqueda que está en la perspectiva de hallar los rasgos de una identidad nacional propia y los procesos que la desarrollaron, a partir del origen de una devoción y del hallazgo de una imagen de la virgen hispana de la Caridad —seguramente la misma de Illescas o San Lúcar de Barrameda en España, según la autora— que tras largos y complejos procesos sucedidos en el tiempo desde la Conquista española (e incluso antes) hasta nuestros

días, se constituyó en símbolo y emblema nacional.

El libro de Olga Portuondo es una búsqueda acerca del mestizaje cubano; si se quiere de la construcción cultural derivada del contacto histórico y del desarrollo concreto de una identidad propia en la isla caribeña de Cuba, pese a las transformaciones sucedidas y a las alteraciones padecidas. Es un claro ejemplo de la alteridad colectiva de un pueblo.

Interesante perspectiva y, no está por demás decirlo antropológica en su intención, en donde se halla una veta rica que puede incentivar estimulantes trabajos académicos y científicos en historia, sociología y antropología de la religión, específicamente en el campo de las reelaboraciones étnicas y nacionales de vírgenes y santos.

La razón y pretexto en el libro es la virgen, y a través de ella Portuondo pretende conocer cuál fue la forma y cómo se dio el desenvolvimiento, incorporación e integración del culto por parte de los pobladores a los ambientes históricos, culturales, sociales, políticos y geográficos de las regiones estudiadas. Procesos que la autora describe, para el caso de la isla de Cuba, y que no duda en calificar como de apropiación de algo que fue foráneo pero que progresivamente se convirtió en imágenes de “criollidad” y “cubanía” (p. 47).

El libro es una historia hecha desde los documentos escritos y no desde las versiones orales, vale decir no con la mirada de los actores vivos, de la gente, a pesar de que la inspiración del etnólogo cubano Fernando Ortiz, ya desaparecido —de quien anexa el proyecto de su inacabado libro (p. 288-292)— sirvió de estímulo y aliciente para su realización. Tal influencia y las brevísimas alusiones y citas de devotos en el primer capítulo, no son argumento en contra de dicha observación, pues en ninguno de los siete capítulos restantes hay una referencia, ni siquiera a pie de página, a entrevistas o testimonios de personas.

Sólo y en calidad de documento aparece como anexo la “declaración del capitán Juan Moreno, Negro Natural del Cobre de 85 años” (p. 301 ss), versión oficial de la aparición, aunque en el libro anuncia otras dos versiones distintas adicionales sobre el mismo hallazgo. A las tres las llama “madres” (p. 32). Y aunque subrayó la importancia de la búsqueda cuando la investigadora señala que su trabajo persigue entender el por qué de la sobrevivencia del mito del hallazgo de la imagen de la virgen de la Caridad en el alma popular de los cubanos, qué extraordinario hubiera sido un complemento al estudio, con las leyendas y relatos orales y con las percepciones de la gente sobre el particular. Sobre todo por ser Cuba—tierra de Orishas

y dioses negros— donde lo afroamericano es soporte de identidad y en donde las vírgenes son vinculadas a la santería —como Nuestra Señora de Regla que guarda los atributos de Yemayá, la Virgen de las Mercedes, los Obatalá, Santa Bárbara bendita que asume los de Changó y la de la Caridad del Cobre, que es identificada con Ochún del panteón Yoruba.

La única entrevista que uno encuentra es imaginaria y con un interlocutor imaginario —Liborio, suerte de representación del pueblo cubano como lo es Juan Valdez para el café colombiano— desde donde la autora construye la relación de la virgen con lo popular cubano; pero deja la sensación de que es más específicamente con lo popular santiagueño. Hay que insistir, qué útil hubiera sido la mirada con la gente que asiste en la actualidad al santuario.

Tras de la anterior apreciación metodológica, está la repercusión de la tesis sustentada en el libro, tanto en los creyentes como en los académicos, cuyas posturas teóricas o ideológicas reivindican otras identidades para los cubanos o para sus regiones. Cuestión que tiene su mayor interés en la polémica Cuba mestiza, o Cuba negra, o Cuba india, o Cuba hispana, o Cuba revolucionaria; y por supuesto, en el papel de cada quien y de los mestizos como

criollos o “cubanos” en la construcción de la nación. Aunque la autora no polemiza, sí fija dos posiciones que es importante destacar e introducir para la discusión del texto. En primer lugar, sólo reconoce la presencia de los evangélicos en Cuba, y en segundo lugar, niega la relación africana con la virgen. Al respecto escribe: “se ha descrito el papel de Ochún para enfatizar la presencia negra en la religión cubana, pero poco se ha reflexionado acerca de la religión popular tradicional, en la que este Orisha quedó insertado” (p. 19). Reflexión que ha debido sustentar, porque las páginas 257 a 260 no fueron suficientes.

Con este trabajo —como señaló su prologuista, Jorge Ibarra— la autora desarrolló el propósito de no esclarecer el origen divino o terrenal de *Cachita*, sino de “desentrañar la doble relación histórica que se establece, por una parte, entre la comunidad de creyentes y el númeron o divinidad, y por la otra, la que articulan los fieles entre ellos.” Su texto es un estímulo a una discusión interesante acerca de las construcciones culturales a partir de alteraciones históricas y anima el camino a las investigaciones que se realizan en el mismo campo.

Carlos Vladimir Zambrano
Instituto Colombiano de Antropología